

A LA SOMBRA DE UNA DUDA



∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞
∞ ∞ JAVIER LIZASOAIN HERNÁNDEZ



A la sombra de una duda

A LA SOMBRA
DE UNA DUDA



JAVIER LIZASOAIN HERNÁNDEZ



DOCE
CALLES

1ª Edición: noviembre 2020

© de los textos: Javier Lizasoain Hernández
© de las imágenes: Manuel Lizasoain Hernández

© de la presente edición: Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-302-9
e-ISBN: 978-84-9744-303-6
Depósito legal: M-24352-2020

Impreso en España

A ti, que me acompañaste...

*“La sua ostinazione era figlia di un desiderio.
Il desiderio, quando cresce,
diventa necessità e non conosce ostacoli.
Aveva con se una foto...”**
Gabriele Romagnoli

*“... todo ser humano, la personalidad de cada uno,
es como un cubo puesto sobre una mesa.
Hay una cara que podemos ver todos (la de encima);
caras que pueden ver algunos y otros no,
y si nos esforzamos podemos verlas también nosotros mismos (las de los lados);
una cara que sólo vemos nosotros (la que está al frente de nuestros ojos);
otra cara que sólo ven los demás (la que está frente a ellos);
y una cara oculta a todo el mundo, a los demás y a nosotros mismos
(la cara en la que el cubo está apoyado)”.*
Héctor Abad Faciolince

* Su obstinación era hija de un deseo. El deseo cuando crece, se convierte en necesidad y no conoce obstáculos. Tenía consigo una foto...

AGRADECIMIENTOS

A mis tres hermanos, mis primeros lectores y mis primeros críticos; a María José González Ribot, el perseguido valor de la verdad; y, a Jacobo Mir, entre otras muchas cosas, por invitarme a ver el mundo desde el otro lado. Y, una vez más, a Silvia, Marta y Elena quienes a diario hacen de la *sombra*, luz y de la *duda*, avance.

ÍNDICE

I. Las 27 cajas.....	13
II. Del Palace al Prado.....	43
III. Matilde.....	65
IV. Viejas puertas, nuevas ventanas.....	89
V. Camarada Julio.....	113
VI. Cuestión de horas.....	141
VII. “ <i>Nei secoli fedele</i> ”.....	163
VIII. Roma guarda su secreto.....	191
IX. Dos alumnos más.....	213
X. <i>Una giornata brava, da vero, bravissima</i>	233
Epílogo.....	261

I Las 27 cajas

“También las fotos de los muertos deben reposar. Ellos ya lo hacen”. No he dejado de repetir esta frase que aquella tarde en su casa pronunció José María cuando le enseñé las fotos. Diciéndomelo él, estaba claro que todo era posible. Conocía a mi padre desde el colegio, hacía más de sesenta años. Toda una vida juntos. Si alguien podía saber algo era él.

No solo conocía a mi padre, también a mí. Por eso sabía perfectamente que no podría dejarlas reposar. A esas alturas no. Ya no. Creo que esas palabras las dijo, no como sugerencia o consejo, sino como estrategia para escapar de una conversación que estaba resultando incómoda y molesta. Al menos para él.

Recuerdo su primera llamada, aquella que originó todo. Fue a primeros de septiembre. Tras los saludos y preguntas de rigor –hacía meses que no hablábamos– fue directamente al asunto que le habían endosado. El nuevo catedrático, el señor Martínez Agüero, le instaba a ponerse en contacto con los familiares de su predecesor en el cargo, mi padre. Es de suponer que los miembros del departamento le habían informado de que José María era la persona adecuada porque mantenía contactos frecuentes con los hijos del difunto profesor Julio Castro.

Se lo había dejado muy claro, “quería reorganizar y optimizar el espacio y los recursos del departamento”. Por lo visto y, como más tarde corroboré, venía dispuesto a introducir las nuevas tecnologías, por lo que los recursos y materiales que había usado mi padre no tenían valor alguno para él y había que sacarlos de allí.

Me comentó además que, tras hablar con él, se había acercado por el departamento para echar un vistazo a todo ese material y que era “muy, muy voluminoso” por lo que mejor que fuera acompañada y con coche. Me dijo que, al menos, habría una veintena de cajas. “Paloma —añadió— al señor le apremia contar con ese espacio. Siento llamarte con estas prisas, pero nos da hasta un plazo. Si en una semana no está fuera todo, llama a una empresa para que se lleve lo que él mismo ha bautizado como “historia material” de tu padre”.

“Historia material”, que no lo dude ni un minuto. Más de cuarenta años dedicados en cuerpo y alma a ese departamento que ahora ese sujeto, que evidentemente ya, sin conocerle y sin haber hablado con él, estaba en mi lista de impresentables, quería “optimizar”.

—No te preocupes, José María —le dije. Hoy mismo llamo a Emilio y vamos los dos a por esas cajas. ¿Cuándo te viene bien?

—Paloma, lo siento de veras. Esta semana no voy a estar en el despacho. De hecho, te estoy llamando desde casa porque cojo el tren en una hora. Me ha dicho que ha dado ya aviso para que os faciliten todo y, por tanto, en el momento en el que podáis, pasáis y os lleváis todo. Insistió mucho en lo de “todo”.

—Mucho más fácil entonces. Llamo y vamos para allá. No te preocupes José María, como muy tarde pasado mañana el señor lo tiene todo despejado. Si Emilio no puede acompañarme ya tengo sustituto pensado.

—Pues si te parece bien, a mi regreso te llamo y charlamos. Te completo esa ficha que ya habrás abierto de nuestro amigo.

—¡Cómo me conoces! Ya lo creo que la he abierto. Hacemos eso, entonces. Me llamas y quedamos. Y por lo del departamento ni te preocupes.

Exactamente veintisiete cajas. Excepto tres, todas exactamente iguales. Cada una identificada con un número. Algo muy del estilo de nuestro padre pero que indudablemente no era obra suya. Su repentina muerte hacía imposible que esto también lo tuviera previsto. Quien se entretuvo en hacer este trabajo, sí conocía a papá y sabía que así era como le hubiera gustado hacerlo él.

Emilio abrió la caja número ocho, eligió esta porque era la que estaba arriba. Las cajas estaban agrupadas en torres de cuatro. Nada más abrirla nos encontramos con un folio que desvelaba el contenido: “*Arte bizantino*”. Lo que nos habíamos imaginado. Teníamos ante nosotros todas las diapositivas que mi padre utilizaba en sus clases de Historia de Arte. Eso era la “historia material” para el impresentable.

Lo de dentro sí lo había hecho nuestro padre. Tenía su letra. Nos entretuvimos un rato en sacar todas y cada una de las estrechas cajas que, por entonces, cuando se hacían diapositivas, los laboratorios mandaban. Las alineamos una detrás de otra. “8.0. *Arte bizantino: Contexto histórico*”; “8.1.1. *Arte bizantino: elementos constructivos (1)*”, 8.1.1. *Arte bizantino: elementos constructivos (2)*”; 8.1.2 *Arte bizantino: Artes figurativas (1)*”; 8.1.2 *Arte bizantino: artes figurativas (2)*”; “8.2.1 *Arte bizantino: Periodo justiniano: Constantinopla*” ... No nos sorprendió a ninguno de los dos en lo más mínimo. Con todo era igual. En casa todas las cosas estaban clasificadas: los libros, por riguroso orden alfabético, criterio este que en los últimos años empleó también para las medicinas cuando estas empezaron a ser muchas; sus camisas por colores; sus trajes, por tejidos; sus corbatas, por tipos de motivos, así por un lado estaban las lisas, por otro, las de motivos geométricos, las de líneas, y finalmente, sus preferidas, las de motivos artísticos.

Entendimos que el resto de las cajas serían similares, al menos aquellas que tenían las mismas dimensiones. Abrí la 18 y al leer “*Arte barroco*” la volví a cerrar. En efecto, eran iguales. Pero ¿habría espacio aún para la sorpresa? Sin haber terminado de bajar al coche todas las anteriores, Emilio se lanzó sobre las numeradas con el 26 y 27. Eran distintas: algo más alargadas y bajas.

Te apuesto la comida a que son los apuntes de papá —me propuso mientras abría con el cúter la primera de ellas.

La tendría que pagar. No eran los apuntes. Siempre pensamos que la manía de nuestro padre por el orden y por conservar todo era casi enfermiza. Esa caja no hacía más que confirmarlo. En riguroso orden cronológico y separadas por carpetas estaban las fichas de sus alumnos.

Arriba del todo, el curso 1965-1966, el curso en el que se incorporó a la Universidad. “Genio y figura —le dije a Emilio”. “Y desde el primer día” —me respondió.

El descubrimiento se merecía un descanso. Ya habíamos bajado un buen número de cajas y con la excusa de dar cierto alivio a nuestras espaldas, nos sentamos en el suelo en torno a la caja 26. En realidad, parecía que, en vez de fichas académicas, teníamos ante nosotros auténticas reliquias o legajos centenarios. Nos íbamos pasando las carpetas con el mismo celo que un investigador pasa las hojas de un manuscrito único. Sólo nos diferenciaba no contar con guantes blancos.

Cada uno abrió una carpeta. Yo la del “*Curso 1972-1973*”. En su interior, cuatro bloques. Uno por cada uno de los grupos a los que impartió clases nuestro padre y cada uno separado del resto por un folio de color. Por su parte, Emilio, abrió la del “*Curso 1982-1983*”. Sólo tres bloques. Ese año perdió un grupo.

Era sorprendente, incluso para nosotros, sus hijos, que le conocimos y, en cierto sentido, le sufrimos. No sólo lo era por la meticulosidad sino también por la sistemática repetición, presentes ambas en lo que nos encontramos en las dos carpetas.

Cada alumno tenía su ficha propia. En la parte delantera, sus datos personales acompañados por una foto y cuando esta no existía, un rocambolesco dibujo del discípulo alumno que parece nunca entregó su foto. El rigor de esta parte y la detallada información que tenía de cada uno de sus alumnos se completaba con la tabla hecha a mano, con la irregularidad propia de cualquier trabajo artesanal, en la que recogía datos puramente académicos del alumno a lo largo de diferentes columnas.

Con diferente grosor y color de rotulador, suponemos que, por importancia o peso del concepto, nuestro padre, trazó unas columnas en cuya parte superior pudimos leer: “*Trabajos escritos*” (esta tenía tres subdivisiones cada una con el nombre de una obra de arte concreta), “*Primer Parcial*”, “*Segundo Parcial*”, “*Junio*” y “*Septiembre*”. Tras esta, dos columnas de mayor grosor. La primera titulada “*Viaje*” y ocupada,

no en todos los casos, por una cruz; la segunda, “*Calificación Final*” no dejaba lugar a dudas. Así era nuestro padre. Y, a la vista está, lo era con todo y desde el principio.

Lo gozamos. He de reconocerlo. Estuvimos un buen rato ahí sentados en el suelo. Durante todo el tiempo que estuvimos el ínclito señor catedrático no hizo acto de presencia, algo que ambos agradecemos. Nos atendió uno de sus becarios. A medida que su disponibilidad y sus atenciones iban siendo reconocidas, iba alzando la cabeza. De la sumisa cabeza con la que nos recibió pasó de forma paulatina, a medida que oía nuestros agradecimientos a sus atenciones, a una mirada directa y abierta e incluso llegó a esbozar una leve sonrisa. Yo lo tenía claro, su jefe le hacía ser su siervo, no su becario.

Cuando por fin bajamos y metimos la última caja serían ya cerca de las dos. Habíamos llegado en torno a las once. Casi tres horas subiendo y bajando. Ya tenía el señor el departamento libre. Que lo optimice con gusto.

Decidimos comer en la misma facultad. Recordé mis largas timbas de mus en lo que por entonces era lugar de ocio y hoy un cartel lo presentaba como “área de restauración”. Demasiado normalizado y aséptico para lo que fue, al menos a mi juicio.

¿Dónde irían las cajas? Desde el minuto uno de mi conversación con mi querido hermano sabía la respuesta. Era lo lógico, pero siempre me ha gustado preguntar incluso cuando no hay respuesta o esta es única. Si la respuesta era única antes de conocer número y volumen de estas, al final de la jornada se confirmó, era lo más previsible. Ante la presencia de mis dos sobrinos, a cuál de los dos más salvajes e indomables, acordamos que las llevaríamos a mi casa o a la librería. A esta última llevaríamos toda la “historia material” de nuestro padre. A él le hubiera gustado. Se pasaba muchas tardes allí. Salía de la Universidad y antes de ir a casa venía, a veces con la excusa de encargar algún libro, otras sin excusa alguna, y se sentaba a charlar. A mí también me agradaba la idea de tener sus cosas allí. Era como tenerle más cerca.

Salimos de la facultad tras tomar el café de rigor, hasta en eso había cambiado. ¿Cómo puede servirse un café en vaso de plástico y como cuchara un trozo de madera? Sin comentarios. En apenas hora y media habíamos dejado las veintisiete cajas de papá en una esquina del almacén. No molestaban demasiado y además aún sobraba espacio.

Escribimos a José María un *whatsapp* para informarle de que ya habíamos sacado todo. Dice Emilio que tomo manías, pero cómo hay que llamar a un tipo que según nos dijo José María esa misma mañana le había llamado para saber si al final hoy irían los “familiares del profesor Castro”. Yo a eso lo llamo “impresentable”.

Apenas pude hacer caso a las cajas los días siguientes, y no por falta de ganas. Tener a mi padre a dos pasos era toda una tentación, pero fueron días muy intensos. Pasaba por delante de ellas y lo único que podía hacer era dirigirles una mirada y, en alguna ocasión, un saludo que concluía con un esperanzador “hasta pronto”.

Nuestra librería se encontraba en pleno centro de Madrid y era una de las consideradas “librerías de culto”, apareciendo, de hecho, en varias guías de la ciudad como “local con encanto”. Tuve la oportunidad de hacerme con ella y no lo dudé un instante. Cierto es que fue posible gracias a la mediación de mi madre, que conocía al propietario y logró convencerle de que yo era la persona indicada para el traspaso. Fue un largo proceso en el que por la mañana me despertaba sintiéndome librera y convirtiéndome en propietaria y por la noche me acostaba convencida de que el anciano librero se echaría para atrás.

No podía criticárselo, con él ya eran cuatro generaciones de su familia regentándola y quería que así siguiera siendo. Si yo soñaba por las mañanas con ser librera, él lo hacía de forma permanente esperando que uno de sus hijos hiciera posible una quinta sucesión. Al final, para amargura suya y júbilo mío, no fue así. Los hijos conocían el negocio y no querían pasarse una vida como la que habían visto pasar a su padre y abuelo.

Fue en septiembre cuando mi mañana y mi noche coincidieron. Por fin recibí la llamada del abogado indicándome día y hora para firmar

Paloma Castro, hija del difunto profesor Julio, no hizo caso al mejor amigo de su padre cuando le aconsejó que dejase reposar las fotos de los muertos; tampoco, cuando su madre le recomendó que no se empeñase en encontrar respuestas a todas sus preguntas. Así fue como junto a su hermano Emilio se embarcó en encontrar esas respuestas. ¿Qué secretos les revelaron las calles de Roma para que ella finalmente confesase: “Estoy aprendiendo a vivir lo que tengo, solo lo que hay, lo que es, el presente más inmediato, el de cada día”?

A la sombra de una duda nos interroga sobre el conocimiento de aquello y de aquellos que nos rodean, nos conduce a una búsqueda de cuyo resultado el propio Emilio alerta: “Empezar sabes por donde empiezas, pero a saber dónde terminas”.

Doce Calles
EDICIONES

